

cencias en la vida, sepan que puede haber quien haya comprado el derecho á la paz y al reposo, á cuyo fin pagó al mundo lo que era del mundo, antes de retirarse á cuarteles de invierno.

1880.

LICENCIA

Y HOJA DE SERVICIOS DEL AUTOR

Hay un escudo de Armas Reales.=Notado al número 1.348.=Hay un sello que dice: "Batallón de Cazadores de Ciudad-Rodrigo." Número 9.=Don Bernardo Taulet Tarrats, Caballero de las Reales y Militares Ordenes de San Hermenegildo y de San Fernando de 1.^a clase, y Coronel, Teniente Coronel, primer Jefe del Batallón Cazadores de Ciudad-Rodrigo, núm. 9.=Por la presente concedo licencia absoluta para separarse del servicio á D. Pedro Antonio Alarcón, soldado voluntario de la 1.^a Compañía de este Batallón, mediante haber cumplido el tiempo de su empeño en el servicio. Es hijo de D. Pedro y de D.^a Joaquina Ariza, natural de Guadix, provincia de Granada, vecindado en Madrid, su estado soltero, edad veintisiete años, estatura de cinco pies y seis líneas; sus señales: pelo entrecerado, cejas castañas, ojos negros, nariz regular, barba poblada, color bueno. Por tanto, y para que pueda retirarse al pueblo de su naturaleza (ó donde más le convenga), pido y encargo á las autoridades por donde transitare no le pongan impedimento en su viaje, antes bien le presten el auxilio necesario. Dada en Tetuán á veintidós de Abril de mil ochocientos sesenta.=*Bernardo Taulet.*

Don Antonio Losada y Periáñez, segundo Comandante de este Batallón, del que es primer

Jefe el Coronel, Teniente Coronel, D. Bernardo Taulet y Tarrats, etc.=Certifico: Que D. Pedro Antonio Alarcón, á favor de quien se halla extendida la anterior licencia absoluta, fué voluntario para servir á S. M. durante la Guerra de Africa. Ingresó en este Batallón en veintidós de Noviembre de mil ochocientos cincuenta y nueve, procedente de la clase de paisano, habiendo prestado los servicios siguientes: 1859.=Hizo el juramento de fidelidad á las banderas en la revista de Diciembre del mismo año.=En la revista de dicho mes, y con fecha veintidós de Noviembre, fué alta en la 1.^a Compañía de este Batallón, como voluntario, durante la Guerra de Africa.=En once de Diciembre se embarcó en Málaga para Ceuta, formando parte con su Batallón de la 2.^a Brigada, 1.^a División del Tercer Cuerpo de operaciones de Africa, á las órdenes del Excmo. Sr. Teniente General D. Antonio Ros de Olano, y Comandante general de la 1.^a División, á que pertenecía su Batallón, el excelentísimo Sr. Mariscal de Campo D. José Antonio Turón.=El doce de dicho mes desembarcó en Ceuta.=El catorce entró en operaciones con el Cuerpo de Ejército, quedando acampados en el campamento de la Concepción.=Se halló en la acción del quince de Diciembre. En la del diez y siete del mismo, sosteniendo la retirada del Cuerpo de reserva sobre las alturas de los Castillejos, á las órdenes del Excmo. Sr. General D. José Antonio Turón. En las ocurridas al frente de dicho Campamento los días veinte, veintidós, veinticinco y veintinueve de dicho mes, á las órdenes del Excmo. Sr. Capitán General y en Jefe del Ejército de Africa; y por el mérito que contrajo en dichas acciones, fué agraciado con la Cruz de María Isabel Luisa, pensionada con diez reales mensuales.=El día 30 del mismo se halló con su Compañía en la brillante

defensa hecha en la primera avanzada del expresado Campamento, á las órdenes del excelentísimo Sr. Mariscal de Campo D. José Antonio Turón, siendo contuso de bala en un pie.=*El segundo Comandante, Grases.*=1860.=Habiendo pasado al Cuartel General del General Jefe en calidad de ordenanza, exento de servicio, á fin de que se dedicase á la continuación de su obra titulada *DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE AFRICA*, á pesar de hallarse contuso, asistió á caballo á la batalla de los Castillejos, de donde le retiraron gravemente enfermo á Ceuta, donde permaneció hasta el día once de Enero, que volvió á ser alta en el Ejército.=El doce y catorce del mismo mes asistió á los combates del río Capitanes y Cabo Negro.=El día veintitrés tomó parte en la acción de la Vega de Tetuán y sobre las lagunas.=El día treinta y uno se halló otra vez con su Batallón en el combate de Guad-el-Jelú y en las dos cargas á la bayoneta que dió el mismo á la Caballería é Infantería enemigas, á las órdenes del Excmo. Sr. Capitán General y en Jefe del Ejército de Africa, y por su buen comportamiento en este último día, fué agraciado sobre el campo de batalla con la Cruz de San Fernando.=Se encontró en la batalla del cuatro de Febrero y entrada en el atrincheramiento enemigo al envolverse la trinchera por la derecha y tomarse á la bayoneta los campamentos enemigos.=En veintidós de Marzo obtuvo licencia temporal y marchó á España, en donde permaneció hasta fin de Abril, que fué baja en este Cuerpo con motivo de haberse concluido la Guerra de Africa.=*El segundo Comandante, Fernández.*

Y para que conste, firmo la presente en Tetuán á los veintidós días del mes de Abril de mil ochocientos sesenta.=*Antonio Losada.*=
V.º B.º, *Taulet.*



I

Embárcase en Málaga el *Tercer Cuerpo* del Ejército de Africa.—Hospitalidad y despedida del pueblo malagueño.—Adiós á España.—La noche en el mar.

Málaga, 11 de Diciembre de 1859.

AL fin amaneció el día de nuestra marcha!
¡Al fin vamos á participar de los peligros y de la gloria de nuestros hermanos, que luchan y mueren como leones al otro lado del Estrecho! ¡Al fin se mecen las naves, prontas á surcar las tendidas olas y á transportar el TERCER CUERPO de Ejército de Africa al teatro de la guerra!

Málaga lo ve hoy, como ayer lo vieron Cádiz, Valencia y Algeciras: el día del embarco es un día de fiesta para nuestras tropas: quedar en España era su único sobresalto: vivir y morir obscuramente, su único terror: el miedo á la paz (¡sólo este miedo!) había conturbado durante un mes todos los corazones.—En vano llegaban lúgubres noticias de amigos y parientes que dormían ya el sueño eterno en las arenas africanas; en vano cien y cien heridos arribaban á este puerto, pocas horas después de haber salido de él llenos de vida y de confianza; en vano se describía la fanática crueldad y bárbaro heroísmo de los Moros...—Soldados, Generales y Jefes

sentían cada vez mayor impaciencia por volar al combate.—“¿Cuándo? ¿Cuándo? (decían la palabra, el saludo, la mirada de todos). ¿Cuándo vengaremos la sangre derramada? ¿Cuándo ayudaremos á nuestros nobles compatriotas? ¿Cuándo moriremos ó triunfaremos como ellos?”

¡Hoy, hoy es el suspirado día!

Todo está pronto: los caballos, con su equipo de guerra, piafan ardorosos en los buques que han de servirnos de móvil puente entre Europa y Africa. Armas, víveres, municiones, equipajes, todo se halla á bordo.—Para ello han sido precisos verdaderos milagros... ¡Pero nada falta ya! El talento de unos, la actividad de otros, el patriotismo de todos, los donativos del pueblo, la misma desesperación, han prestado servicios inverosímiles, recursos inesperados; y, en un mes, en menos tiempo, se ha organizado el TERCER CUERPO de tal manera, que puede competir con los que ya se han cubierto de gloria en el africano Continente.

¡En marcha, pues!—Despidámonos de los buenos amigos que dejamos en esta noble ciudad; despidámonos del suelo y del aire patrio; y ocupando nuestro lugar en la legión expedicionaria, volemós á Africa á realizar el sueño de toda nuestra vida.

A las tres de la tarde.

El embarco principió hace algunas horas.—Una muchedumbre inmensa ocupa el muelle, las playas, los balcones y las azoteas. El mar se halla cubierto de lanchas y botes empavesados, que rodean y acompañan á las barcas en que las tropas son transportadas á los vapores.—¡Es el resto de la población de Málaga, que nos seguirá hasta la salida del puerto!

Lágrimas de placer, de pena y de entusiasmo humedecen todos los semblantes. El pueblo des-

pide á los soldados agitando en el aire pañuelos y sombreros... Los soldados responden á estas demostraciones con una sonrisa de sublime alborozo, cual si quisiesen consolar á los que se quedan. Y todos parece que se prometen algo: éstos, ir; aquéllos, volver; unos y otros, ¡sacrificarse por la Patria!—“¡Aquí quedamos!” (dice la fisonomía de los que permanecerán en sus hogares, como significando á sus hermanos): “Nosotros iremos á reemplazaros y vengaros, si morís; nosotros os recogeremos y premiaremos, si volvéis heridos; nosotros cuidaremos de que nada os falte en la guerra, y velaremos además por la viuda y por los huérfanos del militar que muera en campaña.”—Y los que se van, comprendiendo con la intuición del sentimiento estas mudas protestas, responden con su radiante mirada:—“Sabemos la gran responsabilidad que llevamos. Honra, vida y fortuna: todo lo habéis fiado á nuestro esfuerzo; la Patria nos ha entregado su bandera; cuanto hay de sagrado y de inviolable en una Nación, se encuentra en nuestras manos; no basta morir, es menester triunfar. Descansad en nosotros... ¡El corazón nos dice que triunfaremos!” ¡Tal es en estos momentos solemnes el tácito coloquio de las almas!

Por lo demás, todos los que parten dejan ya en Málaga amigos y familia: lazos estrechados por la zozobra de un mes de despedida continua; dulce calor, alentado primero por un irresistible afecto patriótico, fomentado después por el trato y la gratitud. Así es que de este nobilísimo suelo quedará en el corazón del soldado una tierna memoria, que durará tanto como su vida.—Aquí, en vez de alojamiento, encontró obsequiosa hospitalidad: el patrón lo agregó á su familia y lo sentó á su mesa, mejoró su equipo y le siguió á la revista hasta penetrarse de su bélica actitud. Llevóle adonde de balde afilesen

sus armas, y además añadió á ellas alguna navaja del país para que hiciese juego con la guma de los Moros. ¡Y hoy, en el momento de separarse de su huésped, le arranca promesas de que si vuelve herido, se hará conducir á aquella misma casa; de que le escribirá después de cada acción; de que se acordará de él en el fuego, y de que será tan prudente como valeroso!—Entretanto, las compasivas mujeres llenan de hilas y vendajes los bolsillos de sus alojados; cuelgan á su cuello santos relicarios que los defiendan en los peligros; unas les ofrecen dinero, otras víveres; éstas les dan consejos, aquéllas bendiciones..., y los soldados, siempre sonriendo, pero enternecidos profundamente, se contentan con los relicarios y un abrazo, y parten á todo correr, diciendo:—“*Hasta la vista, patrona!*”—á lo que contestan las pobres mujeres levantando al cielo los lagrimosos ojos...

¡Adiós, adiós, bella y generosa *Málaga!*—Tú has dado con mano liberal al Ejército expedicionario tu pan y tu pecho, tu admiración y tu cariño. Hoy tus hermosas hijas se aprestan á dispensarle nuevos favores, creando magníficos hospitales, mientras tus nobles hijos ceden sus palacios para el mismo fin misericordioso.—Así, después de vestirme de fiesta para alegrar la partida del soldado, te vistes de luto para recibirlo cuando vuelva herido!—¡Oh, insigne ciudad! ¡Tú, antes que él, has merecido bien de la Patria!

En el mar, á las cinco de la tarde.

Henos á bordo y en franquía.—Dentro de una hora levaremos anclas.

Componen nuestra escuadra veinte magníficos vapores: *Vasco Núñez de Balboa, Isabel II, León, Santa Isabel, Alerta, San Quintín, Ville*

de Lyon, Abatuci, Aveni, Helvetie, Torino, Brasil, Pelayo, Marie Stuard, Bizantin, Cataluña, Wifredo, Negrito, Bretagne y Cid.—En ellos están embarcados diez mil hombres, ó sean: los Batallones *Cazadores de Segorbe*, de *Baza*, de *Ciudad-Rodrigo*, de *Llerena* y de *Barcelona*; los Regimientos de *Zamora* y de *Albuera*, un Batallón del *Infante*, otro de *San Fernando*, otro de la *Reina*, otro de *Africa*, otro de *Almansa* y otro de *Asturias*.—Un escuadrón de Caballería va además con nosotros.—La Artillería nos seguirá mañana.

El general comandante en Jefe de este Cuerpo de Ejército, D. Antonio Ros de Olano, y el general de Marina, D. Segundo Herrera, jefe de esta Escuadra, se hallan ya en el *Vasco Núñez de Balboa*.—Las músicas militares tocan la Marcha Real, cuyos ecos se dilatan por la tersa superficie del Mediterráneo... El pueblo nos sigue saludando desde lejos con redoblados vivas. El Obispo de Málaga bendice las tropas y las naves, y un religioso silencio reina por un momento en el espacio... Luego vuelve á resonar la magnífica armonía de los combates, y el aire y las olas se estremecen de entusiasmo, palpitando al compás de mil y mil agitados corazones... ¡Momento melancólico y sublime!

¡Oh! Séame dado en esta solemne hora penetrar en lo recóndito de las almas.—Hace unos minutos, al dejar de sentir bajo mis pies el adorado suelo de España, un mundo de recuerdos y de afecciones ha inundado tumultuosamente mi pecho, y he comprendido que igual emoción estarían experimentando cuantos forman parte en esta Cruzada.—¡Oh, sí!... Ni el júbilo del patricio, ni el entusiasmo del soldado, pueden ahogar los lúgubres sobresaltos del hijo, del padre, del esposo, del hermano, del amigo que deja, tal vez para siempre, á las más caras prendas de su

alma. Así es que he leído en todos los semblantes y hallado en mi imaginación una dolorosa idea, desatendida por nosotros mismos, pero que levantaba muy alta su poderosa voz: *¡Los que nos vamos podemos no volver!* La guerra, la peste, la intemperie, las privaciones: he aquí lo que vamos á encontrar en la inhospitalaria costa moruna. ¡Ni pan, ni techo, ni descanso, ni abrigo! ¡La guerra con todos sus horrores y sin más consuelos que los propios!—Natural es, pues, que en estos momentos el alma atribulada recuerde los serenos días de la niñez y los caros sitios donde pasaron sus primeros alborozos. Natural es que todos volvamos una mirada de despedida, unos al hogar paterno, otros al nido conyugal; éstos á la inconsolable madre, aquellos á la abandonada esposa; quién á su amor, quién á sus hijos; cuál á las blandas lides del arte ó de las letras...—Sabedlo, sí, pobres ancianos, débiles mujeres, tiernos niños, que lloráis en esta misma hora por los objetos de vuestro amor, por el sostén de vuestra casa, por el amparo y la gloria de vuestra familia... ¡Sabedlo! En medio de la noble ira que sentimos, nuestro pecho da también lugar y cabida á las más dulces y suaves emociones... ¡Vuestros son los últimos pensamientos del soldado al perder de vista las costas españolas; vuestras son sus últimas despedidas; vuestra la última lágrima de ternura que se seca en su corazón, inflamado por el fuego del patriotismo!

Y ahora, ¡que Dios sea con nosotros!—¡Adiós á todo! ¡Adiós á nosotros mismos!—¡No más idea en la mente, no más grito en los labios que *¡España y Guerra!*—Si nuestra vida es precisa para alcanzar la victoria, el sacrificio está ya aceptado.—Nada importa un hombre más ó menos, con tal que viva y triunfe la patria de todos. ¡Morir! ¿Qué mejor muerte que la que allí pode-

mos encontrar? ¿Qué hora más solemne? ¿Qué lugar más sagrado?

Al anocheecer.

Hemos levado anclas.

Los vapores empiezan á moverse en línea de batalla, coronados por luengos penachos de humo negro que van á perderse en el cielo de la tarde.

El Sol se ha hundido ya en Occidente... ¡La luz del nuevo día nos encontrará en las playas africanas!

Aun se distingue á *Málaga* á lo lejos, esmaltada de luces que se reflejan en el agua...—¡El último adiós, Patria mía!—¡El último adiós, padres y hermanos!...

.....
Ya es de noche...—¡Oh, cuán lentas van á deslizarse tus horas, noche inolvidable, noche suprema que precedes al día tan deseado!—¡Pasad pronto, momentos adormecidos, olas espumantes, ráfagas de viento; pasad pronto! ¡Luzca en el cielo la soñolienta aurora, y contemplan al fin nuestros ávidos ojos el africano Continente!...

II

A la vista de Africa.

A bordo, 12 de Diciembre, por la mañana.

Quedé anoche en medio de las tinieblas y de las olas, entre Europa y Africa, entre la paz y la guerra, vacilante el ánimo á merced de encontrados afectos, y hasta ignorando á qué puerto nos dirigíamos.

Todo desapareció con las tinieblas de la noche; y, al rayar el alba del día de hoy, fijóse el cuadro que ensoñaba en indefinible expectativa, y que ahora no se cansan de contemplar mis ojos.

En torno nuestro se dilataba el mar, plateado por la agonizante luna y sonrosado hacia Levante por el reflejo de la aurora.—Los veinte vapores de nuestra Escuadra estaban esparcidos en una legua de radio, ostentando cada cual una pálida luz en el tope del palo mayor, menos la nave Capitana, que se distinguía por otra luz colocada en el trinquete.—A nuestra izquierda se percibía un elevadísimo Peñón, que salía bruscamente de entre las aguas, partido verticalmente en dos mitades... ¡Era Gibraltar!—Por la parte de proa dilatábase hasta perderse de vista un brazo de agua, semejante á poderosísimo río... ¡Era el Estrecho; el camino del Océano; la temerosa puerta del por tantos siglos desconocido Occidente!—A nuestra derecha, por último, alzábase entre la bruma matutina un extenso y bravío litoral, erizado de formidables rocas, que se perdían de vista hacia Levante, y que, por el lado de Poniente, terminaban en otro Peñón parecido al de Gibraltar... ¡Era la costa de Africa! ¡Era Ceuta!

No diré mi rubor al contemplar la Colonia extranjera enclavada en territorio español; no recordaré la historia de las vicisitudes por que ha pasado aquel Peñón aborrecido, ni la manera cómo llegó á manos de sus actuales poseedores... ¡Permítaseme, por el contrario, apartar de sus artilladas cumbres mi triste y rencorosa mirada, y fijarla con mayor ó menor equidad, pero siempre con júbilo y ufanía, en la ciudad de Ceuta y en su campo!...

Decía que estaba acabando de amanecer...—En tal momento percibimos lejano y confuso clamor de cornetas y tambores, y luego los entremezclados ecos de muchas músicas militares.—¡Era la *diana* del Campamento español!...—Mi corazón retembló de amor y de alegría.—¡Al fin encontrábamos á nuestros hermanos! ¡Allí esta-

ban! ¡Salud á los valientes que ya habían luchado por la Patria, y cuyas proezas habíamos festejado al lado de sus familias! ¡Gloria y paz á los muertos en el campo del honor!

El Sol apareció, por último, y á sus primeros resplandores divisamos la fortaleza del *Hacho*; después el famoso *Presidio*, recinto de la expiación y de la tristeza, visión de los insomnios de tantas madres y esposas é hijas de infelices penados, y, finalmente, la *ciudad de Ceuta*, dispuesta en escalones, graciosa y bella en su conjunto, rodeada de jardines y huertos, y limpia y cuidada como todos los pueblos encerrados en estrechos límites.

Luego, al otro lado de sus recias murallas, vimos una verde pradera, teatro ayer de las algaradas y provocaciones de los Moros, y perteneciente á España desde hace un mes... En aquella pradera pacían tranquilamente muchas vacas (propias de nuestra Administración Militar), y por cierto que la bucólica quietud de aquellos animales chocaba á la vista y á la imaginación, preparadas á cuadros trágicos y tumultuosos.

Más allá distinguimos como otro rebaño blanco que formaba líneas regulares en la ladera de una colina: encima de éste se veía otro más numeroso, y después otro mayor, rodeando un gran edificio medio arruinado, en una de cuyas torres ondeaba la Bandera española...—¡Aquellos rebaños eran las tiendas de campaña de nuestro Ejército, acampado en las alturas del *Otero* y al lado del *Serrallo*!

Finalmente, cerraba este pintoresco cuadro una doble cadena de montañas, verde la de delante y blanca y escarpada la de detrás, hendida ésta verticalmente en su parte más abrupta. ¡Aquella hendedura era el temido *Boquete de Anghera*!

En cuanto al nombre de todas las alturas que

he citado, y que, arrancando de la misma orilla del mar, van á eslabonarse con las derivaciones del Atlas, nuestra historia lo registra ya con letras de sangre: se llaman colectivamente *Sierra-Bullones*, y son el lugar de los reñidos combates en que hace un mes se cubre de gloria nuestro Ejército.

Tal fué el espectáculo que contemplamos esta mañana al salir el Sol..., y que, lo repito, no nos hemos cansado todavía de mirar... Ahora, que son las nueve de la mañana, recibimos al fin la orden de desembarco...—; Una idea culminante me domina en tan solemne momento!...—; Voy á pisar el suelo de AFRICA!

III

Al saltar en tierra.

Teneo te, Africa.

¡Estoy en AFRICA!... Es decir, no sólo me encuentro fuera de España, sino fuera de Europa; en otro Continente; en otra de las cinco partes en que se divide nuestro Planeta.

No me mueve á reparar en ello un pueril orgullo... Me he alejado demasiado de mis lares patrios y por demasiado tiempo, para engreirme hoy de encontrarme á algunas leguas de la Sierra en que nací, cuyas nevadas cimas pudiera divisar con un anteojo desde lo alto del *Hacho*.— Hablo de tal modo porque, al sentir bajo mis pies la tierra africana, no ha podido menos de surgir ante mi imaginación la disforme grandeza de esta parte del Mundo, que mide un millón doscientas mil leguas cuadradas; atravesada por el Ecuador, por los dos Trópicos y por mucho espacio de las Zonas Templadas austral y boreal; incommensurable Isla, pobremente enlazada al Asia por un débil istmo que será cor-

tado en breve, y llena de misterios para todas las ciencias: para la Geografía, que aun no puede fijar sus Reinos, sus montañas, sus ríos ni sus ciudades; para la Geología, que ignora la naturaleza y estructura de su monstruosa constitución; para la Lingüística, que desconoce en ella más dialectos que idiomas conoce en el resto del mundo; para la Botánica, que nunca herborizará en sus mortíferos bosques; para la Zoología, que aun no ha podido trazar el cuadro sinóptico de las familias de fieras y reptiles que recorren las envenenadas márgenes de los lagos de la Cafrería y el Congo; para la Iconología, que no está iniciada en el dogma de todas sus creencias ni en la significación de todos sus Idolos y Monumentos; para la Historia, que no registra los días ni los siglos vividos por aquella parte del género humano; para la Diplomacia, que no tiene noticias de aquellos Reinos ni de aquellas Dinastías; para el Arte Militar, que no sabe á qué atenerse en punto al número y calidad de sus Ejércitos; para las ciencias todas, vuelvo á decir, desde las más abstractas á las más precisas; para todas y para siempre...; pues el Africa guarda en su corazón los caracteres del misterio, la duda y la desesperación, la eternidad y lo infinito!

Tal concibo y admiro yo la vasta región que empieza aquí y termina en el cabo Tormentario; la tierra cuyos límites eran desconocidos hace cuatrocientos años, á tal punto que los geógrafos la creían interminable; tierra feroz, que se me presenta tapada por cerradas malezas como una bestia velluda; tierra maldita, que llega á hundir su faz aun por debajo del nivel de los mares, mientras alza por otro lado sus gigantes casacas á las regiones congeladas de la atmósfera; tierra deforme, donde la raza humana se afea y embrutece hasta el extremo de que los

irracionales la superen en inteligencia y hermosura; tierra indomable, en fin, que ha devorado estérilmente la civilización de los Faraones, la de Alejandro, la de Aníbal, la de Escipión y la de Cisneros, ¡y que hoy rehusa y desdeña la que el Mediodía de Europa le brinda por Argel y por Marruecos!

Y, con todo, Africa es el más ancho campo que aun ofrece la Tierra á la fantasía de los poetas: ¡Africa es la inmensidad!—La Mitología, siempre reveladora, nos la representa en una mujer bizarra, de porte oriental, casi desnuda, sentada sobre un elefante (símbolo de sus interminables desiertos), teniendo en una mano el cuerno de la abundancia, como recordando su vivaz y opulenta vegetación, y un escorpión en la otra, para significar que en ella todos los dones de la Naturaleza, lejos de producir la vida, dan la muerte, y que su aire, su tierra, su agua, su sol y sus habitantes, todo es nocivo, espantable y ponzoñoso. De esta manera, Africa será siempre el imán de las imaginaciones febriles: en ella reside lo nuevo, lo temeroso, lo extraño, lo desconocido. Desde que Colón *redujo el Mundo en vez de dilatarlo* (según la expresión de Leopardi); desde que Kotzebue, Cook, Davis y otros navegantes atrevidos recorrieron todos los mares, llegaron cerca de los Polos, trazaron sobre el mapa el Continente austral é hicieron brotar de entre las olas un millar de Archipiélagos ignorados, el espíritu soñador de los vates quedó como prisionero en un peñasco de nueve mil leguas de circunferencia, y el afán de lo maravilloso se abatió postrado, como Prometeo, contra la roca que sirvió de pedestal á su soberbia. Y también desde entonces la aventurera poesía fijó sus ojos en las dos regiones vírgenes, en los dos únicos recintos no profanados aún por el compás de la ciencia: en los hielos inmaculados del

Norte y en las arenas inexploradas del Africa.

¡En Africa especialmente!—¡Aquí todo es grande y estupendo; aquí la vida y la muerte luchan en titánico combate; aquí la Naturaleza ostenta todo su lujo de hermosura y todo su poder de destrucción; crea con lo mismo que mata; devora los ríos que engendra, negándose á devolvérselos al mar; ofrece en el Sahara, como su mayor gloria, un Océano desecado por perpetua canícula; da tan sólo cariñoso albergue al león, á la pantera, al tigre, al cocodrilo, al hipópótamo, á la hiena y á todos los abortos del amor y de la ira; y si bien por el lado del Septentrion luce los atractivos de la más benigna primavera, es como sirena engañadora que atrae con dulces cantos al confiado navegante para que se pierda y naufrague en un golfo erizado de escollos y remolinos!

De cualquier modo, al asentar mi planta en esta parte del Mundo, donde fué Cartago, donde batalló Aníbal, donde nació San Agustín, donde vencieron Gonzalo de Córdoba y Pedro Navarro, donde brilló Hipatía y existió floreciente Alejandría, y duermen los Faraones, y escribió Raimundo Lulio, y cruzaron César y Marco Antonio, y encontró Napoleón el talismán de su fortuna, yo no puedo menos de doblar la rodilla, poniendo el pensamiento en mi Dios y en mi madre patria, y exclamar como Escipión el Africano, aunque con tono bien diferente:—*¡Africa, ya eres mía!*

IV

Aspecto interior de *Ceuta*.

Ceuta, 12 de Diciembre, al mediodía.

Hasta aquí el poeta.—Vengamos ahora al tiempo actual y al cuadro que ofrece *Ceuta* en

este momento, mientras que yo espero á que desembarquen mi caballo.

Imaginaos una ciudad cuyas plazas cubiertas de hierba indican el reposo en que ha vegetado largos siglos; imaginaos diez mil hombres acampados en las calles; una indescifrable algarabía de músicas que baten marcha, y de cornetas que tocan llamada, botasillas, orden ó asamblea; por una parte camillas de enfermos; por otra recuas enteras de acémilas cargadas de provisiones y víveres; por aquí fogones establecidos en el suelo, donde el uno guisa, el otro parte leña, éste llega con agua, aquél se cose y se remienda; por allí un caballo en cada reja, un vivac en cada puerta, una cama improvisada en cada rincón, un bosque de fusiles en cada plaza; por un lado equipajes, por otro cañones; acá los unos que gritan, allá los otros que cantan, ó éstos que juran, ó aquéllos que se quejan, y cada cual atendiendo solamente á sí propio, ó sea cuidando al mismo tiempo de sí, de su vestido, de su cama, de su casa, de sus animales, de las órdenes recibidas y de las que dan las cornetas; alguien poniéndose á escribir sobre una pila de balas; algún otro lavándose en medio de la calle; quién pensando en España y en el correo; quién en los camaradas que le aguardan en el *Campamento* (y de los que no sabe si son muertos ó vivos); cuáles, en fin, lamentando la pérdida de su casa, que consistía en un lienzo; de su cama, que se reducía á un paño, y de su despensa, comprendida en una lata de sardinas...

¡Oh, es el cuadro más vivo, más animado, más pintoresco que puede imaginarse!—; Qué variedad de tipos, de caracteres, de dialectos, de uniformes!—El catalán irascible, el sosegado gallego, el locuaz andaluz, el conciso y terminante aragonés y el serio castellano, cada uno con distinto acento, valiéndose de distintas interjeccio-

nes y muletillas, usando de diverso género de oratoria, peroran, declaman, votan, refieren, arguyen, se amenazan, se insultan, se reconcilian; todos tuteándose sin conocerse, mandándose unos á otros como hermanos, ayudándose y facilitándose todo, á trueque de otro servicio, y (lo que es más que nada propio de soldados) hablándose á larga distancia y á grandes gritos de cosas sin importancia, pero cuyo doble sentido envuelve sangrientos epigramas (que sólo ellos comprenden) contra el que ordenó mal, contra el que nació feo, contra el que inventó la guerra y es causa de que tal olla tenga poco ó mucho aliño, contra el paisano que pasa por la calle y no se ve obligado á pelear por las mañanas como un hombre y á guisar por las noches como una mujer; contra los objetos inanimados y contra los mismos elementos...

Lo repito: es el *desorden más armonioso* que puede verse. Ni el lápiz, ni la pluma, ni la misma fotografía bastarían á reproducir sus multiplicadas fases. Forjáoslo en la mente con auxilio de mis indicaciones, y preparaos á salir conmigo al *Campamento*, donde el espectáculo, si no tan variado, será más severo, conmovedor y digno.

V

El Campamento.—Veo á lo lejos una acción.

El mismo día, por la noche.

Eran las doce de la mañana, y seguía yo esperando el desembarque de mi caballo para salir á recorrer el campo de Ceuta, cuando supe que los Moros acababan de atacar el CUERPO DE RESERVA, mandado por el general Prim.

Este aviso, que muchos, familiarizados ya con la guerra, oyeron sin inmutarse, me impresionó

á mí tan vivamente, que abandoné caballo, equipaje y almuerzo á merced de la casualidad, y emprendí á pie el camino del *Serrallo*, deseoso de ver á los Marroquíes y de presenciar una acción.

Salí, pues, de Ceuta, atravesando sus inexpugnables fortificaciones, sus anchos fosos—alguno de ellos henchido de agua por el mar—y sus redobladas puertas, acribilladas á balazos por las espingardas moras, y me encontré en el *Primer Campamento*, ocupado hoy por el PRIMER CUERPO, que se ha bajado á aquel punto á descansar de las rudas fatigas con que inauguró esta campaña (1).

Allí, á las puertas de sus tiendas, estaban tendidos, ó entregados á inocentes juegos, ó paseando pensativos en compañía del inseparable cigarro, los héroes del día 25 de Noviembre, los que habían sufrido el primer empuje de los Moros y toda la inclemencia del más deshecho temporal, los que habían soportado sin inclinar la cabeza todos los rigores de la guerra, todas las privaciones del despoblado y el azote implacable de la peste...—Yo los miré con amor y veneración; y, creyendo encontrar entre sus filas el hueco de los que yacían en los vecinos bosques, les tributé el sufragio de mi religiosa pena. Luego pensé en sus enlutadas familias, que ya no verán ni tan siquiera la tumba de aquellas nobles prendas de su casa, y mi corazón se afligió más de lo que es costumbre en estos lugares...

Remotos disparos de fusilería, que me trajo una ráfaga de viento, alejaron tales ideas de mi imaginación...—Apreté el paso, y llegué á las alturas del *Otero*.

Desde este lugar alcancé á ver á lo lejos dos

(1) Véase el *Apéndice* que va al final de esta obra.

ó tres líneas de humo en los alrededores de un bosque muy cerrado, del cual salía otra humareda menos regularizada.—Los secos estampidos de la pólvora menudeaban cada vez más.—La línea de combate abarcaría un frente de media legua, ó sea desde nuestro *Reducto* más avanzado, que se llama del *Príncipe de Asturias*, hasta la misma orilla del mar.—Lo áspero del terreno, y el encontrarme en punto desde el cual descubriría todos los movimientos de nuestras tropas, me hicieron desistir de mi propósito de seguir adelante; y, sentándome en una piedra, pasé horas crueles, contemplando el primer hecho de armas de que era testigo en toda mi vida.

La calidad del combate que he divisado desde allí quedará definida con decirte que en toda la tarde no he visto ni tan siquiera un moro, al paso que distinguía perfectamente á nuestros soldados.—Tal sucede en una batida de jabalíes mirada desde lejos: que ve uno á los cazadores, pero jamás á las fieras.

Y en efecto: esto no es guerra; es caza, es una lucha en que nuestro Ejército pelea á cara descubierta, mientras que los enemigos combaten en el lugar que les parece mejor, siempre ocultos ó parapetados, valiéndose de emboscadas y sorpresas, y aprovechando la retirada forzosa del anochecer para dejar sus guaridas y picarnos la retaguardia.—Afortunadamente, en estos combates desiguales ganamos siempre magníficas posiciones que protegerán nuestras operaciones sucesivas.

Por ejemplo, en la acción de hoy, á pesar de todas sus desventajas, el resultado no ha podido ser más favorable á nuestro plan de campaña. Los Batallones del Conde de Reus han desalojado á los Moros de los bosques en que habían estado parapetados todo el día, y han ocupado posiciones que conservaremos y que nos serán

muy útiles para proteger la construcción del camino de Tetuán...

¡Mas ¡ay! que hemos pagado con muchas nobles vidas, y con alguna muy preciosa, el laurel de la jornada!—En este momento oigo decir que entre nuestros muertos figura el bizarro coronel de Artillería Sr. Molíns, de quien se cuenta que, hace tres días, contemplando los inanimados restos de dos cazadores que acababan de caer á su lado, exclamó lúgubrementemente: “¡Cuántos padres no volveremos á abrazar á nuestros hijos!”

Terminemos por hoy.—Escribo estas líneas en la plaza de la Constitución, de Ceuta.—Son las ocho de la noche... Es decir, ya acabó este larguísimo, grandioso, inolvidable día en que ha dado principio mi vida de soldado.—La plaza está llena de hogueras: dos ó tres músicas tocan la retreta, y los soldados aplauden medio dormidos...—Yo tengo mi vivac en unas vigas (pertenecientes al parque de Ingenieros) que he encontrado cerca de una pared. Sobre dos de ellas he extendido al aire libre mi cama de campaña. De otra está atado mi pobre caballo, mareado todavía de resultas de la navegación; otra me ha servido de mesa para cenar y para escribir; las restantes han sido mi sofá, mi ropero y mi lavabo...—Por lo demás, las estrellas y la Luna decoran ya las azules cortinas de mi lecho...—Buenas noches.

¡Ah, se me olvidaba!... En Africa los serenos dicen también “*Ave María Purísima*”, como en el Reino de Granada, antes de cantar la hora...

Si tenéis corazón de hijo, de español y de cristiano, adivinaréis mis últimos pensamientos de este día.

VI

El toque de diana.—Un entierro.—O'Donnell.—La Mezquita.—El Serrallo.—Aspecto de un Ejército acampado.—Los Reductos.—El Boquete de Anghera.

Ceuta, 13 de Diciembre.

Heme acampado en el mismo sitio que anoche á estas horas. El TERCER CUERPO sigue vivaqueando en las calles y plazas de Ceuta, mientras le designan el punto á que ha de trasladarse.—La acción de ayer y el difícilísimo desembarque de caballos y acémilas nos han impedido marchar hoy.

Yo me alegro, pues este día de huelga me ha permitido recorrer todos los Campamentos, visitar el terreno conquistado hasta ahora, subir á nuestros Reductos y conocer los sitios de las primeras acciones.

Para dar completa idea de todo, empezaré por el toque de diana, que sonó poco antes de amanecer, sacándome de un sueño delicioso.—El toque de diana, pero de la diana de campaña, es lo más vivo, animado y retozón que puede imaginarse... Figuraos un aire alegre, monótono, ejecutivo, apremiante, que hace el efecto de esos despertadores mecánicos, ó de esos conoedores de nuestro sueño, que nos apuran con la repetición de una misma llamada, hasta que nos hacen sentarnos en la cama llenos de furia, pero completamente desperezados; tened presente que ese aire lo repiten, y glosan, y abandonan, y vuelven á coger todas las bandas de tambores y cornetas y todas las músicas y charangas; añadid la gritería de los soldados, que aclaman y palmotean á la banda que lo toca con más animación, y decidme si concebís que nadie que no sea sordo permanezca con los ojos cerrados después de esa sinfonía.—Por lo demás, al toque de

diana sigue siempre una grande explosión de cantos de gallo, admirablemente imitados por la tropa; cosa ya de ordenanza en los ejércitos españoles, según me han dicho algunos veteranos.

Quedamos, pues, en que me levanté antes del día.—Los soldados hacían ya su café en los fogones que anoche les sirvieron para cocer el rancho.—Yo escribí hasta las siete.—Pasóse *lista* á las ocho.—Almorzó luego todo el mundo como Dios le dió á entender; y yo monté á caballo á eso de las nueve, y tomé el camino de los *Campamentos*.

Hacia un día magnífico.—En el último foso de las fortificaciones de *Ceuta* me encontré de manos á boca con cuatro artilleros que conducían en hombros un ataúd galoneado, detrás del cual marchaban muchos jefes, oficiales y soldados de todas armas...—Dentro del ataúd iba D. Juan Molíns y Cabanyes, coronel de Artillería, que, como dije, murió en la acción de ayer tarde...

Yo espero que dentro de algunos días me habré acostumbrado á ver estas cosas con indiferencia... Pero hoy no ha podido menos de imponerme el considerar que aquel cadáver era ayer un hombre lleno de vida, de gloria y de esperanza...

Y á propósito: nuestras pérdidas en la acción que presencié á lo lejos ayer tarde, fueron cinco muertos y cincuenta y nueve heridos.—Las de los Moros..., ¿quién las sabe?—Ello es que seguimos estableciendo reductos, ganando terreno y abriendo camino á la Artillería... con dirección á Tetuán.

Subí al *Otero*, admirable punto de vista, desde donde se divisa por un lado toda la Península de *Ceuta*, elegantemente dibujada sobre el mar, y por el otro los *Campamentos* de Prim y de Zabala, el *Cuartel General* de O'Donnell, y el *Serrallo*, destacándose sobre la Sierra.

En el *Cuartel General* me detuve algunos momentos.—O'Donnell se paseaba á la puerta de su tienda con algunos otros Generales.

Era el hombre de las luchas políticas y parlamentarias; el adalid de la oposición ó el mantenedor del Gobierno; el Senador cuya mente fría, carácter igual y conducta enigmática había yo estudiado durante largos años desde la tribuna de periodistas; era el conspirador que sirve de eje hace mucho tiempo á nuestras vicisitudes políticas; aquel que, llamándose conservador del orden, es, en mi concepto, el conservador de nuestra Revolución Constitucional, que ya iba siendo palabra vana cuando él levantó su estandarte en 1854; era el único de nuestros gobernantes que hasta ahora ha demostrado bastante fuerza para sujetar con una mano á la reincidente tiranía, y con la otra á la impaciente libertad; pero del que aun no se sabe si tendrá la alta inteligencia necesaria para establecer entre la Autoridad y el Derecho aquel equilibrio que reclaman por una parte los adelantos de nuestra época, y por otra el atraso de nuestro pueblo; era, en fin, D. Leopoldo O'Donnell, acerca del cual todos hemos formado muchos y diferentes juicios, desfavorables unos, apologéticos otros, todos anticipados, y á quien sólo la Historia (según su frase favorita) podrá juzgar definitivamente, apreciando el conjunto y resultado de sus hechos.

No lo ocultaré: jamás hombre público alguno me ha parecido tan digno de admiración y respeto como el Conde de Lucena en aquel instante. No soy su adepto; pero, aunque hubiera sido su enemigo más encarnizado, me habría infundido este mismo sentimiento al reflexionar, como reflexioné, en el enorme peso que gravitaba sobre aquel soldado; en la inmensa responsabilidad que había contraído á los ojos de España, de

Europa y del mundo entero, y en la cuenta que tenía que dar á cuarenta mil familias de la vida de los que estaban bajo sus órdenes; á la Nación, de su honra, de su nombre, de su bandera; á los extranjeros, de la importancia de España, de su fuerza, de su poder, de su respetabilidad; y á Isabel II, del lustre de su reinado, cuya mejor página puede ser, y creo que será, la campaña comenzada el día de Santa Isabel, al grito de ¡*Viva la Reina!*

Es decir: que aquel hombre tenía que atender, desde su tienda de lienzo, en medio de las balas y contrariado por los más crudos temporales, á los negocios de España, cuya política dirige como Presidente del Consejo de Ministros; á los partidos que lo combaten; á sus émulos, que lo acechan; á las Potencias de Europa, que empiezan otra vez á acordarse de nosotros; á los planes de los Marroquíes, que inventan cada día un nuevo método para atacarnos ó una nueva astucia para sorprendernos, y al Ejército español, que reclama de él víveres, municiones, transportes, hospitales, gloria, aunque le pese á Inglaterra, y vientos favorables, para que no nos abandone nuestra Escuadra.

¡Y cual si todo esto no fuera bastante, en el fondo de un horizonte nublado por tantas inquietudes se levanta el tremendo fantasma del *cólera*, introduciéndose silencioso entre las filas, apagando mil generosas existencias, matando obscuramente al que no encontró una muerte heroica en los campos de batalla!

¿Cómo no respetar y admirar á ese hombre en semejantes circunstancias?—; Diga de mí lo que se le antoje la ruin injusticia; pero yo he sentido verdaderamente cuanto proclamo aquí en alta voz, y á los cielos pido que ilumine la mente de ese soldado y corone de fortuna sus pensamientos; pues sus errores de hoy, si bien pudie-

ran servir de miserables trofeos á los partidos que lo hostilizan, serían al propio tiempo, y por muchos años, grandes calamidades para la Patria!

.....
Desde el *Cuartel General* de O'Donnell seguí mi marcha hacia el *Serrallo*; pero bien pronto tuve que detenerme delante de un *Morabito* (6 Ermita de un asceta moro) que hay á poca distancia del *Otero*, y al cual llaman vulgarmente *la Mezquita*.

Lo que quiera que sea, consiste en un edificio de piedra y cal, dividido en dos aposentos. El primero es una especie de vestíbulo cuadrilongo, y el otro un exágono cubierto con una cúpula. Se entra al primer recinto por un arco árabe de mala arquitectura, sin que su interior ofrezca nada de notable, como no sean dos nichos, también en forma de herradura, cuyo destino debió ser el de *babucheros*, á fin de que dejasen allí el calzado los que entrasen á visitar al *Santón* que erigió este *Morabito* y yace dentro de él.

En una pared del segundo recinto se leen las siguientes inscripciones árabes, cuyos caracteres, de un verde claro, parecen trazados con alguna hierba:

*En los peligros de la espada,
Tú cres la espada.*

¡Oh, Señor, yo creo en ti!

En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

Debo estas traducciones á mi *antiguo* amigo Aníbal Rinaldy, á quien he encontrado en Africa agregado al *Cuartel General* de O'Donnell, en calidad de intérprete.—Con este maravilloso niño, que habla más idiomas que años tiene de edad, y con su sapientísimo maestro Mustafá Abderramán, pensé y hasta preparé hace cuatro años

un viaje á Marruecos, que se frustró desgraciadamente.—¡Calcúlese, pues, con cuánto gozo los habré encontrado en esta tierra!

.....
Para ir desde la *Mexquita* al *Serrallo* hay que atravesar un extenso bosque de arbustos y malezas, talado ya en gran parte por nuestras tropas, que alimentan con él sus hogueras.

Dentro de este bosque cerradísimo serpea un camino árido y amarillento, abierto y trillado por la babucha mahometana.—¿En dónde termina aquella senda misteriosa?—Yo lo ignoro. Lo que sí puedo asegurar es que, al pisar tales caminos, el conquistador ó el viajero experimenta una especie de pavor religioso, cual si profanase la vivienda ajena aprovechando la ausencia de su dueño... Yo veía allí las huellas de los que ayer eran pacíficos habitantes de estas comarcas... Pero ¿dónde se hallaban hoy tales gentes?—Allí estaba el rastro..., pero ¿dónde se encontraba la fiera?—¡La fiera rugía allá, en el vecino monte, encolerizada al mirarnos remover la cama en que por tanto tiempo calentó á sus cachorros!

No nos apoque ni desarme la intensidad de su muy merecida tribulación; pero seamos circunspectos con el infortunio de quien lucha por la independencia de su Patria.—Más claro: aunque nosotros atentamos á este sagrado sentimiento de los Marroquíes, en represalias de haber atentado ellos á un sentimiento igualmente sagrado, cual es el honor de España, tal consideración no obsta para que nos duelan el dolor y la tribulación que les causamos hoy, por más que, al afligirlos, obremos en justicia.—“Odia el delito, y compadece al delincuente”, dicen los legisladores.

Mas por este camino no llegaremos nunca al *Serrallo*. Perdónenseme tantas digresiones, y pe-

netrad conmigo en el *Campamento* del SEGUNDO CUERPO, que ha relevado al PRIMERO en estas alturas, después de compartir con él varios días los laureles de la victoria.

Aquí está la tienda del animoso general Zabala, en quien se conserva el tipo de aquellos nuestros antiguos Capitanes (por ejemplo, García de Paredes), cuyo esfuerzo y bizarría personal los constituía de hecho en caudillos de sus tropas.—En torno de su albergue de lona se agrupan, y luego van extendiéndose por los declives de la montaña, cien y cien tiendas más, que mezcladas y confundidas con las peñas y matorrales del terreno, ofrecen muy pintoresco golpe de vista, haciendo que el edificio del *Serrallo* se levante entre ellas majestuoso, como fuerte navío entre frágiles barquichuelos.

El *Serrallo* ha sido indudablemente un soberbio alcázar, si no tan vistoso por fuera (lo cual es propio de las construcciones árabes) como los que habitan nuestros Soberanos europeos, muy bien acondicionado para llevar una vida paradisíaca.—Hoy sólo quedan allí cimientos y algunos patios medio derruidos, en cuyos cenadores se conserva algún alicatado, algún calado primoroso, algún mosaico, algún revestimiento de ataurique que indica la pasada belleza del edificio. El estilo arábigo dominante en sus galerías y miradores es el del Alcázar de Sevilla; pero en la parte más vieja, que sin duda fué la más suntuosa, se notan vestigios de aquel otro gusto puro y elegante que ostenta la Alhambra de Granada.

En una habitación llena de escombros, y que debió de ser el baño principal, he visto un fragmento de bóveda estalactítica del mayor mérito, y un trozo de inscripción que, á pesar de la lluvia y del viento, aun conserva reflejos de oro y del carmín más delicado.—No faltan allí tam-

poco extensos patios con cisterna, ajimeces de artísticas proporciones, columnatas, babucheros, y tal ó cual indicio del destino de cada aposento, de lo que fué harén, de lo que fué Palacio público, de la parte que ocupaban las fortalezas, del lugar del jardín, etc., etc. Pero todo ello se encuentra ruinoso, cambiado, utilizado para *vivac* por el beduino, y hoy para reducto por nuestras tropas, después de haber sido restaurado, vuelto á destruir y remendado groseramente. Sin embargo, con un poco de conocimiento de lo que son los Palacios de los Moros, puede reconstruir la imaginación aquel fantástico Alcázar, colocado en un paraje delicioso, desde donde se divisan verdes barrancos surcados por cristalinos torrentes; el mar, que se dilata en torno suyo; las costas de España, que se presentan á lo lejos como un sueño dorado ó como una dulce memoria para los árabes, y el litoral del Norte de Africa, que se pierde de vista hacia Oriente, con dirección á la tumba del Profeta.

En lo demás, el aspecto exterior del *Serrallo*, sobre todo por el lado que sigue en pie, que es el que mira á *Ceuta*, poco ofrece de particular para el vulgo, fuera de la elegante torre morisca en que ondea hace pocas semanas la Bandera española.

.....
Detrás del *Serrallo* hay (según dije ayer) dos cadenas de montañas que corren paralelamente, destacándose la una sobre la otra: la primera está cubierta de bosque; la segunda es de peña pelada y blanquecina: la más próxima nos pertenece, y se ve coronada por nuestros *Reductos*; la otra se halla todavía en poder de los musulmanes.

Media entre ambas un barranco, que termina por los dos lados en el mar, y que es el teatro de las últimas acciones y lo ha de ser de cuantas se riñan hasta que emprendamos nuestra marcha

por la izquierda. En ese barranco han caído heridos y muertos centenares de Españoles y Marroquíes.—Calcúlese, pues, con cuánta impaciencia y curiosidad subiría yo á los *Reductos*, constándome, como me constaba, que desde allí había de dominar perfectamente todo aquel pavoroso valle.

La aspereza de la subida me obligaba á caminar muy despacio y á parar el caballo muchas veces: así es que á cada paso volvía la cabeza hacia el terreno que se escalonaba debajo de mí, cubierto todo él de tiendas de campaña, de pabellones de fusiles y de trenes de Artillería, complaciéndome en contemplar minuciosamente la actitud, el aspecto, las distracciones y las faenas de aquellos cuarenta mil hombres reunidos lejos de su Patria en improvisada sociedad.

He aquí un rápido bosquejo del cuadro que tenía ante mis ojos.

Los días que, como hoy, no hay *fuego*, vulgo *Moros*, el Campamento y el Ejército ofrecen una apariencia que de todo tiene menos de belicosa. En primer lugar (y que esto no llegue á conocimiento del Ministro interino de la Guerra), casi nadie viste el uniforme que le está prescrito, sino el traje que le parece más propio de la hora y del estado atmosférico. Y esto no quiere decir que nadie haya traído ropa de paisano, ni más equipo que el que buenamente puede llevarse sobre los hombros ó á la grupa del caballo, sino que cada cual se envuelve en lo primero que encuentra á mano: ya en la manta de la cama, ya en la de su rocinante; ora en un gabán de goma, ora en un saco de lienzo, mientras que otros van en mangas de camisa, ó, lo que es lo mismo, vestidos de encarnado de pies á cabeza (pues la mayoría de las camisas, particularmente las de los jefes y oficiales, son de franela del rojo más subido); otros liados en fajas y bufandas; cuál con cha-

queta amarilla; cuál con polainas de charol y zapatos blancos; quién con zapatillas de tapicería; quién con capucha de colores.—Pero de lo que se nota más variedad es de gorras y gorros: desde el de seda negro con que dormían nuestros mayores y el blanco de los hospitales, hasta el griego de la oficina y el inglés para viajar en diligencia; desde la gorra de cuartel y la cofia de lana, hasta el ros, el kepis, el kepis-ros (estrenado en esta Guerra), el fez, la manga catalana y el casquete clerical, todas, absolutamente todas las variedades de la especie han sido sacadas á relucir en el *Campamento*.—Advierto, para concluir en este punto (pero aconsejando también la reserva), que todos, desde los reclutas hasta los Generales, se han dejado la barba.

.....
 Los *Reductos* (fortificaciones improvisadas por nuestros Ingenieros) que protegen el terreno conquistado y dominan el campo de los Moros, llevan los nombres de *Isabel II*, *Francisco de Asís* y *Príncipe Alfonso*. Los tres son importantísimas posiciones atinadamente elegidas, desde las cuales puede tenerse á raya al enemigo, aunque cien veces intentara, como temerariamente lo ha intentado, desalojar de ellos á nuestras tropas.

Enfrente del *Reducto Isabel II* está el famoso *Boquete de Anghera*, que tanto y con tanto terror hemos oído nombrar en España desde que principió esta Guerra..., y que, por lo mismo, yo no he podido contemplar hoy sin profundo interés, al verlo tan de cerca.

El *Boquete de Anghera* es la misma hendedura de que hablaba ayer, que parte verticalmente y hasta su base la muralla de rocas calcinadas que limita y cierra nuestro horizonte hacia el Oeste. Por aquella angosta y formidable garganta, cuya sola configuración causa asom-

bro, se penetra, como por un canal fortificado, en un golfo de peñas y de bosques que jamás ha recorrido planta cristiana.—De los misterios á que da paso ese pavoroso camino, sólo se ha alcanzado á saber que en sus tremendas fauces se asienta el pueblecillo de *Anghera*, especie de aduana avanzada, donde se toma razón de todo el que entra y sale en el laberinto de Sierra-Bullones. Sábese, ó conjetúrase también, que por este *Boquete* se llega á encontrar veredas que conducen á *Tánger* y á *Tetuán*, así como un sendero, transitable sólo para la serpiente ó para el beduino, que va á buscar, al otro lado de la Sierra, aquella gran hospedería de caravanas, llamada el *Fondac*, que señala la mitad del camino de *Tetuán* á *Tánger*. Lo que sí ve todos los días es que por dicho portillo desembocan á millares las diversas tribus y razas que el fanatismo musulmán ha concitado contra los Españoles; lo que sí resulta cierto es que ningún ejército se arriesgaría á penetrar por estrecho tan temeroso, sin conquistar antes las por aquí inexpugnables cumbres de sus dos flancos; lo que sí consta es que esas cumbres son accesibles por la parte de adentro, sirviendo como de trinchera á los infieles, que sueñan y soñarán siempre con la reconquista de *Ceuta*; lo indudable, en fin, es que en el *Boquete de Anghera* está la callada esfinge, depositaria del enigma de la verdadera Africa, del Africa misteriosa é independiente, que empieza en él y no en las costas. Allí ha fijado la misma Naturaleza la frontera de lo desconocido; por allí fluye y refluye ese mar interior de gentes ignoradas, que nuestra civilización trata nuevamente de explorar: allí, por último, pudiera escribirse también la tenebrosa frase del poeta:

Per me si va tra la perduta gente.

Otro fué el espectáculo que absorbió mi atención en el *Reducto Francisco de Asís*.—Allá en los extremos límites de un bosque que iba á terminar en un desfiladero de la Sierra, percibíanse dos ó tres tiendas de una blancura que la obscuridad de los matorrales hacía deslumbradora... A primera vista se las hubiera tomado por grandes palomas de albo plumaje que descansaban de un largo vuelo: también se asemejaban á esas gacelas de vanguardia que se asoman á la cima de los oteros para avisar al rebaño de sus compañeras si hay ó no peligro que temer...—Y esto, y no otra cosa, hacían allí las tiendas que digo, puesto que eran las avanzadas del Campamento moro (que debe hallarse situado á dos leguas de nuestro campo).—; Oh, sí!... ; Eran ellos!

Yo no los percibía; pero aquella era su morada, no su improvisado vivac de guerra, como lo son las tiendas para nuestros soldados, ; sino su único hogar, su casa ambulante, el amovible aduar del peregrino de los desiertos!

; Conque era verdad! ; Conque no era fantástica creación de los poetas! ; Conque había realmente en nuestro siglo nivelador y desencantado, á las puertas de España, un pueblo primitivo, de costumbres bíblicas, viviendo en sociedad patriarcal, dividido en tribus, apegado á la Naturaleza, independiente de la civilización, grande sólo por su carácter y por su denuedo!—; Viéndolo estaba y me parecía un delirio de artista!

Mis observaciones desde el tercer *Reducto* limitáronse á contemplar un cadáver sin cabeza, enteramente desnudo y blanco como la nieve, que yacía al lado allá del barranco, y que, por estar allí y en una actitud que me pareció irrisoria (tendido á la larga, con los pies juntos y los brazos abiertos como un Crucificado), deduje que sería español. A ser moro no permaneciera insepulto en su campo (ni en el nuestro). Pero

era cristiano, y nos lo habían presentado allí en ignominia, como diciéndonos: *Ecce homo!*

Tal ha sido mi día de hoy.—Ahora, que son las ocho de la noche, me aguardan los precitados maderos de la plaza de *Ceuta*; maderos que, según lo fatigado que me hallo, van á saberme á mullidas plumas.

VII

Marcha para acampar.—Formación de un campamento.

Campamento de la *Concepción* (en el camino de Tetuán), 14 de Diciembre.

Ya estamos acampados. Hace tres horas, este valle, denominado el *Tarajar*, y los dos montes que lo sombrea, eran una selva cerrada, silenciosa, perteneciente á la morisma, y donde apenas se veía huella de pie humano.—En este momento es una colonia española, una ciudad cristiana, deslindada y fortificada completamente, dividida en dos barrios separados por un arroyo, subdividida en manzanas atravesadas por calles, con su fuente pública, su lavadero, su abrevadero para los caballos, su hospital, su iglesia, su palacio, su *boulevard*, sus oficinas, su fonda, su casa-tribunal, sus murallas, sus puertas, sus hileras de casas, su cuartel de Guardia civil, sus caballerizas, y, como podrá verse en la fecha de este capítulo, hasta con su nombre.

Tal milagro, que un exceso de hipérboles hace aparecer inverosímil, es una verdad más ó menos relativa, y se ha realizado de la siguiente manera:

Esta mañana recibió el TERCER CUERPO de Ejército la orden de salir de *Ceuta* por batallones, con todo su inmenso material, y formar á la falda del *Otero*, á fin de trasladarse desde allí al punto que se le designaría oportunamente.

¡Emprendimos, pues, la marcha á cosa de las diez, y sólo entonces cundió por las filas la fausta nueva de que debíamos dirigirnos por el camino de *Tetuán!*...

En efecto: pasamos al lado de la *pedra divisoria* que antes de esta Guerra señalaba los límites de *nuestro campo* (la misma piedra que los Moros derribaron hace algunos meses y que repuso en su lugar el día de la Reina el arrojado general Echagüe); dejamos á nuestra izquierda la *Mezquita*, y á la derecha el *Serrallo* y los *Reductos*; tomamos por un barranco que se inclinaba hacia el mar, y al poco tiempo pusimos la planta sobre una carretera recién construída, ó sea improvisada por nuestros Ingenieros militares en las laderas de una áspera montaña.

¡Magnífica y sorprendente fué entonces la vista que presentaron aquellos diez mil hombres, escalonados en una interminable y no interrumpida línea, que seguía las revueltas ondulaciones del terreno, haciéndoles asemejarse á una larguísima serpiente de vivos colores y relucientes escamas! Hubo un momento en que pude ver completa aquella formidable procesión, que ocupaba el vistoso anfiteatro de una verde ladera, cruzada redobladas veces por un camino que parecía cimentado sobre el aire... ¡Era ciertamente un espectáculo maravilloso!

Todo contribuía á embellecerlo: la luz de un sereno y resplandeciente día; el aseado aspecto de las tropas, armadas y equipadas de nuevo para esta Guerra; la variedad de sus uniformes; los capotes celestes de los unos; los ponchos pardos de los otros; las mantas encarnadas de éstos; las grises aplomadas de aquéllos; aquí los pantalones colorados; allí los azules; los roses forrados de blanco de tal Regimiento; las músicas, respondiendo como ecos desde la base hasta la cúspide del monte; la gallarda Caballería; la

misma feracidad monstruosa del suelo que pisábamos: todo, repito, conspiraba á hacer más vario y pintoresco el aspecto de tan interesante marcha.

En cuanto al orden con que se verificaba ésta, era el siguiente:

Marchaba á vanguardia, y como explorando el camino, el Batallón *Cazadores de Segorbe*, llevando detrás, como cada Cuerpo, sus veinticinco camillas y cinco cargas de repuesto de municiones; seguían una *Brigada de Artillería de Montaña* y una *Compañía de Ingenieros* con su parque, y en pos de ella iba el *General Comandante en Jefe* de este Cuerpo de Ejército, con su *Cuartel General* y *Estado Mayor*, todos á caballo, escoltados por algunos *Cazadores* y *Guardias civiles de Caballería*. Después caminaba la *Primera División*, al mando del general D. José Turón, yendo al frente de cada una de sus respectivas Brigadas los brigadieres Cervino y Mogrovejo. En seguida marchaba la *Segunda División*, mandada por el general D. Jenaro Quesada, y al frente de sus Brigadas respectivas iban los brigadieres Otero y Mureta, formando la retaguardia un Escuadrón del Regimiento de Caballería *Cazadores de Albuera* y un largo séquito de acémilas cargadas de víveres, muebles, tiendas y equipajes.

Vulgar y prosaica parecerá la *Beocia* de mi poema; pero no lo habría sido menos la del Cantor de Aquiles si la hubiera escrito en la tienda de Patroclo para ser leída por los asistentes de Agamenón.—La poesía sólo suena bien á larga distancia de las cosas: las figuras retóricas, como las grandes montañas, son para vistas desde lejos. Yo no comprendo la *poesía épica de actualidad*; dadme dos siglos de intervalo, ó matad á todos los testigos presenciales de esta Guerra, pegando además fuego á cuantos periódicos

la sigan al día, y ya veréis cómo escribo enumeraciones en toda regla, diciendo que los gallegos beben las aguas del Miño y llamando á los navarros "hijos del Pirene".—; Puede que entonces encontrara muchos Diomedes y Ayaxes en esos capitanes y coroneles que se han batido ya contra tres ó cuatro moros cada uno, pero que tienen la desgracia de ser *contemporáneos de la Historia!*

Continúo.—Eran ya las doce del día y seguía marchando el TERCER CUERPO. Las primeras avanzadas de los otros *Campamentos* se habían quedado atrás, y nosotros caminábamos todavía. Todos se miraban como para comunicarse una misma idea y un mismo regocijo. ¡Nuestra buena suerte nos destinaba á ocupar la *vanguardia* de todo el Ejército!—La carretera continuaba amarilleando ante nuestros ojos... Habíamos andado ya mucho más de una legua... El mar, que siempre teníamos á nuestra izquierda, parecía como llamarnos hacia *Tetuán*... Y completaba esta ilusión nuestra el ver que, á poca distancia de la costa, seguían lentamente nuestra marcha algunas lanchas cañoneras, prontas á auxiliarnos con sus fuegos en el caso de que el enemigo saliese á disputarnos el paso...

Yo no sé cuántas leguas hubiéramos andado en esa dirección sin sentir la menor fatiga: ¡tanto nos atraía la tierra que se dilatava ante nuestros ojos!—Por lo demás, el terreno que pisábamos era sumamente pintoresco á fuerza de ser enmarañado y salvaje. Las regiones superiores de las montañas estaban cubiertas de romero y tomillo ó de ásperos carrascales, mientras que en las vertientes crecían palmeras enanas, alcornoques, jaras y enebros, así como algunas hierbas de singulares flores, que no recuerdo haber visto en nuestra Europa. Relucía y murmuraba el agua en el fondo de todos los barran-

cos, desatándose por entre caprichosas guijas; saltaba bajo nuestros pies la caza como en un coto real, y en la azulada y radiante atmósfera se mecían todas aquellas aves que abandonan á España por este tiempo.

Llegamos, al fin, á unas alturas, y desde ellas divisamos cuatro ó seis jinetes, que allá recorrían un alto monte, opuesto enteramente al que nosotros ocupábamos. Hicimos alto, y en esto vimos bajar por la derecha, y con dirección á nuestras filas, otro jinete, que traía su caballo á todo escape.—Era un amigo... Era un oficial de Estado Mayor, y venía á avisarnos que aquella distante cabalgata era la del general García, jefe de Estado Mayor, quien volvía de reconocer las posiciones en que iba á acampar nuestro Cuerpo de Ejército.—Descendimos, pues, unos y otros al valle interpuesto entre los dos montes: el infatigable y valeroso general García conferenció con nuestro General, y entonces supimos que, por hoy, no debíamos pasar más adelante.

—*¡Aquí tienen ustedes buen agua!*—dijo el Jefe de Estado Mayor de O'Donnell, como si dijera: *Aquí tienen de todo.*

Y en efecto: para comprender el valor y la importancia del agua, es necesario acampar, como nosotros acampábamos, en país deshabitado y desconocido. Fué, pues, el primer cuidado del general García llevar á Ros de Olano al nacimiento del valle y enseñarle aquel tesoro de vida, de salud y de limpieza.—El agua bajaba de un oscuro é intransitable barranco, presentándose sosegada y al alcance de la mano cerca de las ruinas de una casa mora, en la cual se dispuso colocar centinelas, á fin de que la provisión del líquido precioso se hiciese con orden y economía; es decir, que el primer agua, ó sea la más alta, se tomase para beber y guisar; la segunda se destinase á los escrupulosos caballos; la ter-

cera se emplease en lavar, y la restante sirviese para fregar.—De este modo, aquella flaca corriente podrá subvenir al consumo de diez mil hombres y mil caballerías.

Terminada tan interesante operación, García trazó en el aire con el dedo el perímetro de nuestro *Campo*, y partió hacia los otros *Campamentos*, donde, como veréis después, su presencia era también muy necesaria.

El recinto que se nos había señalado, y desde el cual escribo estas líneas, consistía en el estrecho valle citado antes y en las dos laderas de monte que descienden á él; ó lo que es más claro: debíamos plantar nuestras tiendas en la cavidad del barranco, asomando nuestras avanzadas por las crestas fronterizas al llano de *Castillejos*, todavía en poder de los Moros, y dejando nuestra retaguardia en comunicación y contacto con los demás *Campamentos* españoles.—Situados así, la defensa de nuestro frente quedaba confiada á nosotros mismos; á la espalda teníamos el terreno conquistado y ocupado por los otros Cuerpos de Ejército; nuestro flanco derecho podía ser protegido por el *Reducto Príncipe Alfonso*, y nuestro flanco izquierdo estaba guardado por el mar. Debíamos, por tanto, atender, sobre todo, á fortificar nuestro frente, vulnerable por muchos puntos, á causa de la elevación de los cerros de *Castillejos* y de los espesos bosques que los tapan.

Se comprenderá, por esta explicación, que el *Camino nuevo de Tetuán* quedará á nuestra izquierda, encerrado entre las olas y nuestro *Campamento*, y que también está encomendado á nuestra vigilancia evitar que el enemigo se corra por ese lado y ataque la retaguardia de nuestros cuatro Cuerpos de Ejército considerados en conjunto... — En cuánto á la fragosidad de los montes en que habíamos de acampar, sólo diré

que, luego que los recorrí, me pareció imposible que allí lograra sostenerse de pie cosa alguna, como no fuesen sus seculares malezas, ni transitar otra planta que la del Moro ó de la zorra.—Y, aun si esto se concebía, era en vista de sus recientes huellas...

A eso de las cuatro vime obligado á volver á *Ceuta* en busca de mi equipaje; pero no bien trepé á la primera altura que dominaba los sitios que yo había recorrido hacía tres horas, empecé á desconocer el terreno que pisaba y á no atinar con el camino que debía seguir.—Y era que durante nuestra marcha, y á consecuencia de ella, habíase variado completamente la disposición de los otros *Campamentos*. Más de cuatro mil tiendas de campaña habían sido removidas de un lugar á otro, realizándose en pos nuestro un gran movimiento de avance hacia el Este, al abrigo de las posiciones que nosotros acabábamos de ocupar.

Pero si grande fué mi sorpresa al ver el cambio ocurrido en tan poco tiempo en las alturas del *Otero* y del *Serrallo*, mayor fué mi admiración cuando, al volver de *Ceuta*, avisté á lo lejos, sobre las cumbres selváticas en que nos alojó el general García, el *Campamento* del TERCER CUERPO completamente terminado.

Era ya cerca del anochecer, y, á la dudosa luz del crepúsculo, surgía ante mis ojos, como evocada por un mago, la *Ciudad improvisada* de que hablaba hace poco.—¡Y qué graciosa y pintoresca perspectiva presentaba desde lejos!—Imaginaos un terreno que bajaba en rápido declive desde los gigantescos picos de la Sierra de Anghera hasta las arenas de una playa enteramente lisa; figuraos un mar tranquilo, cobijado por un hermoso cielo, cuyo azul hacían más obscuro hacia Levante las primeras sombras de la noche, mientras que los últimos fulgores del día

lo brillantaban hacia Poniente; fingí en la imaginación montañas que una vegetación tupida cubre de una capa sombría; y, escalonadas en sus flancos, mirad aquellas blancas tiendas, que parecen un rebaño de corderos ó una banda de palomas. Añadid el brillo de alguna anticipada hoguera, el humo que se elevaba al horizonte, el cordón de soldados que bajaba por agua ó subía con ella por la silueta de una loma, marcando la senda con sus propios cuerpos, como vemos en los ejércitos de hormigas; figuraos, en fin, la animación y la gritería de todos; las cornetas que llamaban á *orden general*; los caballos que relinchaban corriendo sueltos por el valle; las acémilas subiendo pesadamente por las cuestas pendienteísimas; los golpes del mazo y de la pala; el remoto cañoneo de *Ceuta*, dando la oración; los de los buques que la repetían desde el Puerto; la hora, el sitio, la lejanía de la Patria, tantas y tantas extraordinarias sensaciones, y comprenderéis la profunda impresión que hizo en mi mente un espectáculo tan nuevo, tan solemne, tan inesperado.

Llegué, por último, á penetrar en este *pueblo recién nacido* (y ya bautizado con el místico nombre de *La Concepción*); lo recorrí por completo, y quedé maravillado al ver lo que se había hecho en menos de tres horas.—Todo el espacio ocupado por las tiendas había sido descuajado: un bosque entero había desaparecido: enormes pedregales eran ya blancos collados, y todo este material inmenso formaba una sólida muralla en la extensa línea de vanguardia, de modo que nuestro *Campamento* quedaba perfectamente atrincherado y defendido por un parapeto de primer orden, del que se destacaban algunos pequeños reductos, fortificados también, en los cuales habían de pasar la noche cinco grandes *Guardias avanzadas*.

Para que se comprenda cómo ha podido verificarse semejante prodigio de actividad, va á serme forzoso dar á conocer una de las personas más distinguidas que figuran en este Cuerpo de Ejército; pero no lo haré sin protestar antes de mi firme resolución de escasear cuanto me sea posible en estos apuntes los nombres propios, pues obrar de otro modo fuera cuento de nunca acabar, tratándose de una campaña en que todos rivalizan en celo, desinterés, arrojo y patriotismo.—La persona á quien aludo es el Sr. D. José Ignacio de la Puente, coronel jefe de Estado Mayor del TERCER CUERPO.—¿Recordáis la descripción que hice en Málaga de los sobrehumanos esfuerzos que se habían necesitado para organizar, equipar, aprovisionar y remover estas dos Divisiones? ¿Recordáis que hablé de la laboriosidad incansable, de recursos inesperados, de medios inverosímiles, de resultados milagrosos? Pues la mitad, cuando menos, de todas aquellas maravillas se debieron al desvelo constante, á la fecunda inventiva, á la previsión, á la ubicuidad, á la multiplicación de ese entendido jefe, en quien todos cuantos lo vieron durante tan difíciles circunstancias, reconocen, como yo, un portento de movilidad y una gran inteligencia organizadora. Y él ha sido también quien, secundando acertadamente los pensamientos del general Ros de Olano, y utilizando la pericia de nuestros entendidos Ingenieros, el dón improvisador de nuestros soldados y el buen deseo y la actividad de todos, ha dirigido y llevado á feliz término la obra de titanes, de convertir en menos de tres horas una enmarañada selva en una ciudad fortificada.

Pero insisto demasiado en lo de *ciudad*, y esto me recuerda que hace algunas páginas ofrecí trasladar á humilde prosa aquellas figuras poéticas con que tracé el plano de nuestro *Campa-*

mento.—Hablabá yo allí de *boulevard*, de *palacio*, de *iglesia* y de no sé cuántas cosas más...—Pues bien: oíd la explicación de este misterio.—Llamé *palacio* á la *tienda* de nuestro General, y ciertamente que merece tan pomposo nombre si se la compara con los restantes *edificios* de *La Concepción*. La *tienda* de Ros de Olano, á diferencia de las demás que la rodean (que son de cáñamo liso y constan de una sola estancia), es de una tela listada á grandes rayas blancas y de color de rosa, y se divide en un atrio ó porche, y en un aposento interior. Tantas comodidades (¡algo mayores las tiene un pastor de Sierra-Nevada!) justifican que yo tome por un *palacio* la *tienda* de mi ilustre amigo.—Dí el nombre de *boulevard*, y debí darle el de *faubourg*, al terreno ocupado por el *Cuartel General* y por el *Estado Mayor*; pues además de sobresalir del resto de la *población* por sus hileras de altas *tiendas*, acudirán á él al cabo del día todos los jefes y oficiales de los demás *barrios*, viniendo, ya á tomar órdenes, ya de visita, ya á consultas, ya de paseo.—La *iglesia* es una *capilla ambulante*, que ya describiré cuando la abran y digan Misa en ella algún día festivo; el *hospital* se reduce á algunas vastísimas *tiendas*, donde se hará la primera cura ó se darán las primeras *medicinas* á los heridos y enfermos, después de lo cual serán trasladados á *Ceuta* ó á otros puntos; las *puertas* de la ciudad son unos *portillos abiertos* en la trinchera para salir al campo enemigo; la *casa-tribunal* es la *tienda* de la *Auditoria de guerra*; las *manzanas de casas* las forman los grupos de *tiendas de cada compañía*; las *calles*, cada batallón; y por este orden sigue siendo exacta la *pintura* que hice más arriba.

Tal es, torpemente bosquejado, el paraje en que hemos de permanecer no sé cuántos días.—Ya esta tarde (según acaban de decirme) algu-

nos destacamentos de Moros se han asomado á las montañas más próximas á nuestro campo, con objeto, sin duda, de examinar á los nuevos enemigos que ha arrojado la mar sobre sus costas, y estudiar las posiciones que hemos ocupado. Es de presumir que esta noche formen su plan de ataque, y que mañana al amanecer nos veamos frente á frente.—Tampoco fuera extraño que vinieran dentro de algunas horas, protegidos por las tinieblas, creyéndonos desprevenidos y entregados al sueño...—No ha sido, pues, inútil nuestra celeridad en fortificarnos.—Por lo demás, *nadie dormirá esta noche* (es la orden que se ha dado); y á pesar de tener un cordón de *avanzadas* y de *escuchas* en torno de la frontera, el *Campamento* será recorrido de hora en hora hasta por los jefes que no estén de servicio.

En tal estado de inquietud, de curiosidad y de expectativa trazo estos renglones. Perdónese me de una vez para siempre su desaliñado y bárbaro lenguaje, en gracia de la precipitación y de la fatiga con que los escribo.

A las doce de la noche.

Vengo de recorrer la trinchera. Hace luna; El más profundo silencio reina en nuestro campo, y, sin embargo, nadie está dormido!

Creo que los Moros no nos inquietarán por esta noche. Hacia la parte por donde pudieran venir, tampoco se siente rumor alguno... Sólo el gemido de las olas turba la solemne calma de la Naturaleza.

Al pasar por ciertos parajes hemos visto moverse alguna cosa entre las matas, pero sin hacer ningún ruido...—Eran nuestros *escuchas*, que se incorporaban al sentirnos llegar.

—¡Cuidado con dormirse!—les decía entonces algún jefe.

—¡No hay cuidado!—murmuraban ellos.

Y volvían á sentarse, liados en sus mantas, con la carabina terciada sobre las piernas.

Nada tan fantástico como aquellas figuras, medio ocultas por las tinieblas, medio dibujadas por el astro de la noche...—A veces se las confundía con una peña ó con la sombra de un árbol; otras veces, los árboles y las peñas tomaban á nuestros ojos la forma de emboscados vigilantes.

De cualquier modo, creo que es cosa de dormirse, y venga lo que viniere.

VIII

Moros y Cristianos.

Día 15 de Diciembre.

Los Moros no se han hecho esperar. Veinticuatro horas hace que acampamos en estas posiciones, y ya nos han visitado en són de guerra.—El TERCER CUERPO ha recibido el bautismo de sangre: el Ejército español registra una nueva fecha de gloria: ; Dios ha oído los votos de aquellos soldados que ardían de impaciencia dentro de los muros de Málaga, al ver comenzada la Guerra sin que ellos tomasen parte en sus triunfos y en sus peligros!—Sí: hoy han tenido el placer de batirse al lado de las insignes y venturosas tropas que inauguraron esta campaña, y, como ellas, han hecho huir espantados á los audaces Marroquíes, que con tanto aparato y en tal número habían atacado á las nuevas huestes españolas.

Oíd ahora la relación de lo sucedido, hecha por un profano en la ciencia militar, que hasta hoy no había presenciado una acción de guerra.

Pasó sin novedad nuestra primera noche de campaña, y á eso de las seis de la mañana oyóse

á lo lejos la *diana* del Cuartel General de O'Donnell. Repitieronla todos los Cuerpos de Ejército, acompañándola de los vivas y aplausos de costumbre, y todos sacamos la cabeza fuera de nuestra tienda.

Aun hacía luna, pero una franja de oro extendida por la lontananza del mar indicaba la proximidad del sol.—Reaviváronse las hogueras del *Campamento*; los soldados empezaron á preparar su café, y las *grandes guardias* comenzaron á hacer las *descubiertas*.

Esta operación es otra de las más solemnes de un Ejército en campaña, y tiene por objeto averiguar si durante la obscuridad de la noche se ha emboscado el enemigo cerca de las trincheras. Hácese, pues, luego que ha amanecido completamente, y con las más minuciosas precauciones... Después se colocan centinelas en los puntos avanzados, y se retiran á sus tiendas los *escuchas*; ó, lo que es igual, la vigilancia de la vista sustituye á la del oído.

Todo esto se llevó hoy á cabo sin novedad; pero á cosa de las ocho, y precisamente en el momento que se daba orden á los Cuerpos de formar *con vista* al Campamento del general O'Donnell, donde se celebraba una Misa de *requiem* en sufragio de los muertos en esta campaña, recibióse aviso de que por la parte de *Tetuán* se presentaban fuerzas enemigas...

Un movimiento de júbilo y curiosidad circuló por todo nuestro campo, y el general Ros subió á la trinchera rápidamente, seguido de su Estado Mayor y Cuartel General, dictando al paso disposiciones preventivas.

¡Mas, para el TERCER CUERPO, lo primero era *verlos!*...—Pronto los vimos.—Allá, sobre la cumbre de una montaña, que distaría un cuarto de legua de nosotros, percibiáse, efectivamente, destacada en silueta sobre el cielo, una línea de